

PROBLEMAS DE MÉXICO, 1877-1910

Daniel MORENO

AL APARECER el cuarto tomo de la *Historia moderna de México* que dirige don Daniel Cosío Villegas, se va configurando el cuadro de la vida mexicana en uno de los periodos más importantes del país, por lo que tiene de integración en unos aspectos, y de transformación en otros. Este volumen, obra de uno de los más acuciosos y honestos investigadores de nuestros días, Moisés González Navarro, constituye el primer volumen de la segunda parte, *El Porfiriato*.^{*} Como apunta Cosío Villegas en la "Cuarta llamada particular", la obra se planeó partiendo de dos supuestos: primero, el período moderno de nuestra historia va de 1867 a 1910 (supuesto que ya ha sido objeto de muy diversas apreciaciones), y segundo, este trecho de cuarenta y tres años puede dividirse convenientemente en dos épocas, una de diez años (1867-1876), llamada la República Restaurada, y otra de treinta y tres años (1877-1910), a la cual se da el nombre de Porfiriato.

Es pertinente recordar que, cuando se iniciaron los trabajos de esta magna obra, fueron muchos los que creyeron que el equipo organizado para redactarla se ahogaría en el océano de documentos y de materiales (y la verdad es que algunos de los primeros investigadores dejaron el campo por arduo y fatigoso). Al saludar la aparición del cuarto tomo y la proximidad del quinto, no podemos menos que pensar que se logrará casi íntegramente la tarea propuesta: dar a los investigadores y estudiosos modernos un panorama lo más completo posible, con sus respectivas fuentes (para quienes deseen ahondar en la materia), de la República Mexicana en uno

^{*} Daniel Cosío VILLEGAS (ed.), *Historia moderna de México*. Tomo IV: *La vida social en el Porfiriato*, por Moisés GONZÁLEZ NAVARRO. Editorial Hermes, México, 1957; xxxiv + 979 pp.

de los momentos de más quietud en la superficie, pero de hondos movimientos en sus relaciones más importantes.

González Navarro divide su trabajo en cinco partes, intituladas "Trasfondo humano", "Propiedad y trabajo", "Moral social", "La instrucción pública" y "Las horas de asueto". Es decir, estudia al hombre, con sus medios materiales, su conducta, su educación y sus modos de esparcimiento. En la Primera parte se hace un análisis muy amplio de la población; se alude en primer término a las serias dificultades que ofrecen las fuentes y a la necesidad de tomar a beneficio de inventario las estadísticas de la época. Sabemos que apenas en 1895 se realizó en México el primer censo de población, con graves deficiencias, por cierto. El autor señala la antieconómica distribución de los pobladores y su clásica concentración en cierta región del altiplano. Después vendrán las migraciones internas y la aparición de nuevas ciudades, entre otras causas, por la influencia de los ferrocarriles, que en la era porfiriana alcanzaron su máximo desarrollo; Torreón y Gómez Palacio merecen especial mención, sin que ello signifique que sean las únicas. Hay una observación que es conveniente destacar: la llamada "marcha hacia el Norte". Se comprueba que los movimientos internos, en buena medida del Centro al Norte, se relacionan directamente con el incremento de la población que se presenta en algunas ciudades. Estos desplazamientos humanos del campo a la ciudad, más por razones políticas (concretamente la anarquía reinante en más de medio siglo y la inseguridad en los pequeños poblados) que por razones de orden económico, fueron posibles en esta época gracias al ferrocarril, y "se pueden atribuir a la sobrepoblación relativa que el latifundismo originó en la parte central de la República, y al estímulo de los mejores salarios nortefños".

Por otro lado, se destaca un fenómeno, la juventud de la población mexicana en aquella época, que ha perdurado hasta nuestros días, pues los menores de dieciocho años representaban casi la mitad de los habitantes. Hay otra situación que aún no se ha estudiado como debiera serlo, y que ya Miguel Macedo señalaba a principios del siglo: la concentración

urbana, derivada de lo antes expuesto, pero que según este autor se debía a la "incontrastable atracción" de las comodidades y placeres que ofrecían las grandes ciudades,

determinando con ello un éxodo que trastorna el orden social profundamente, sobre todo en su parte moral. Es claro que para combatir este fenómeno perturbador son más eficaces las medidas económicas que el buen arreglo municipal de las ciudades y pueblos pequeños; pero éste será en todo caso un elemento favorable, que entre otras consecuencias producirá la de arraigar a sus habitantes y hacerlos vivir conformes y contentos con su tranquilidad.

Al hacerse el examen de la salubridad de la época se ponen de relieve las desventajosas condiciones sanitarias. El examen detenido de este capítulo se hace bajo el encabezado de "La morbilidad", en el que se ve que constituía una verdadera pesadilla toda una colección de enfermedades que padecía el pueblo: la viruela, el paludismo, la fiebre amarilla, el tifo, las enfermedades del aparato respiratorio, la intoxicación alcohólica (resultado, entre otras causas, del funesto "San Lunes" de los artesanos), junto con un bajo promedio de vida y un alto índice de mortalidad, sobre todo infantil, especialmente grave en las clases populares. Se apuntan las medidas propuestas por diversos sectores sociales, gubernativos y privados, así como el avance tan pequeño que en la realidad se obtuvo, y se señala la raíz del mal: "más del 50 por ciento de las habitaciones registradas por el censo de 1910 caían bajo la categoría de chozas". En el campo se trataba de una sola pieza, que servía de recámara, comedor, cocina y cuadra. Sin embargo, muy bien señalaba Matías Romero que peores eran las condiciones de la habitación urbana, "sobre todo en las grandes ciudades como Veracruz, Mérida, Guadalajara y México. La Capital sobresalía como ejemplo por las pésimas condiciones higiénicas en que vivía la masa popular". En este capítulo coinciden lo mismo autoridades médicas, literatos distinguidos, como "Facundo" (José T. de Cuéllar), o viajeros que recogían observaciones diversas. Algún escritor llegó a exclamar: "¡Guerra al terrible y recalcitrante enemigo de nuestro decoro, nuestra salubridad y nuestra estética: Su Ma-

jestad la Mugre, soberana y patrona, no sólo de las últimas, sino de las penúltimas capas sociales!”

¿Cuáles eran los signos de la vida mexicana, sobre todo citadina? La respuesta es dolorosa: escasez de agua, insuficiencia de alimentos, inmundicia, que no eran más que manifestaciones evidentes de una injusta y endeble organización social. La historia señala la lucha que emprendieron periodistas, autoridades, instituciones diversas, en pro del mejoramiento de esas condiciones. El servicio médico, los congresos científicos y las obras públicas (emprendidas unas en la teoría, y otras en la práctica) lucharon por una nueva estructuración salubre, sin que pueda decirse que el éxito coronase esos esfuerzos.

El autor recuerda, en el capítulo relativo a política demográfica, que siempre se consideró a México como país de inmigración. Sobran tierras y faltan brazos, era el estribillo. Es interesante apuntar cómo coincidían nacionales y extranjeros. Un autor, Bancroft, aseguraba que

la riqueza de México, en lo que se refiere a los productos minerales, es incalculable, como lo es su riqueza agrícola, y tanto a la una como a la otra sólo les hacen falta brazos que puedan desarrollar y extraer de aquel riquísimo suelo las inmensas fortunas que encierra, y que han de proporcionar en el futuro la felicidad de muchos millares de seres.

La escasez de brazos, no obstante los millones de indígenas, era una obsesión en los escritos de la época. La explicación parcial se encuentra en el concepto de que la población mexicana era perezosa. Había que aumentar la población y *mejorarla*, sobre todo con inmigrantes europeos, pues México padecía un pesado lastre indígena. Un geógrafo aseguraba que “las razas aborígenes eran un obstáculo para la civilización”; y otros autores afirmaban que sobraban brazos y faltaban cabezas (éstas, desde luego, europeas, ya que el indio resultaba incapaz para las tareas industriales). Moisés González, en forma breve y certera, califica la política porfiriana en este aspecto como de “cortejo y desaire”, ya que no se lograron los objetivos perseguidos. Se aputa el prejuicio amarillo y la antipatía por los negros, debida ésta a la influencia

norteamericana. En los hechos concretos, el autor señala un incidente ocurrido en la capital del país en 1895:

se les negó a tres negros norteamericanos el uso del comedor del hotel Iturbide; los agraviados se querellaron de injurias contra el propietario, cuya decisión aprobaron, sin embargo, seis blancos norteamericanos que presenciaron los hechos. *El Tiempo* comentó el incidente criticando estos distingos raciales, que en México, lo decía con "legítimo orgullo", no se daban; en los puestos más altos de la vida social había gentes que revelaban su ascendencia negra; en esto México no hacía sino seguir el ejemplo de las grandes naciones latinas: "no hay razas mejores ni privilegiadas, porque todas tienen sus defectos y sus cualidades", criterio éste que no mantuvo con consistencia.

Una de las consecuencias de la política señalada queda expuesta por el autor al sostener que la mayoría de los extranjeros que accedieron al llamado del Porfiriato eran estadounidenses, españoles, chinos, ingleses. En 1909, el 60 por ciento era de personas de diecinueve a cuarenta años. Una quinta parte de esos extranjeros no sabía leer ni escribir, y un alto porcentaje no conocía el español, ni parece que haya tenido preocupación de aprenderlo. Y muchos eran los que sólo esperaban el momento oportuno para marcharse a los Estados Unidos. Así, pues, ¿dónde estaba la superioridad pregonada? La conclusión, tras premisas ampliamente documentadas, es la siguiente:

Puede afirmarse sin ambages que la política demográfica del régimen de Díaz fracasó completamente: ni consiguió disminuir la mortalidad, ni tampoco recibir una cuantiosa inmigración, ni menos aprovechar en la agricultura a los pocos extranjeros venidos.

La Segunda parte de *La vida social* está presentada, no obstante el sobrio estilo de González Navarro, en forma apasionante. Se refiere a Propiedad y Trabajo. México, país predominantemente rural, sufre en todas sus consecuencias la legislación sobre terrenos baldíos, por la que se abrió de par en par, hacia 1893, la puerta a la especulación más desenfrenada; y cuando se trató de poner remedio, éste resultó tardío. Por eso una publicación yucateca, *La Revista de Mérida* (en Yucatán las condiciones del peonaje eran de las peores),

afirmaba que, más que fundar sociedades protectoras de animales, elegante actitud durante la Dictadura, urgía proteger a los humildes. Como se sabe, el peonaje era el basamento de aquel edificio social que en sus altas esferas ofrecía indudables signos de brillantez y ornato, con lo que se daba una falsa idea del progreso del país, sobre todo ante los ojos extranjeros. Apenas en abril del año de 1910, en vísperas de la Revolución, suspendió el gobierno de Díaz las leyes de baldíos, por incompletas.

Hay que señalar que durante la República Restaurada y el Porfiriato, especialmente en este último período, se otorgaron 43,309 títulos de propietarios, resultado de la legislación citada, y que correspondieron a 40.198,377 hectáreas. Si recordamos que estas cifras pecan más bien por defecto y que la Reforma agraria, en su etapa más intensa, otorgó a los ejidatarios —que representaban un número infinitamente mayor que el de los propietarios— una cantidad de tierras inferior a la antes enumerada, podemos pensar en las graves consecuencias económicas del régimen porfiriano para los campesinos. A ello contribuirían las leyes desamortizadoras, que en esas tres décadas se llevaron a sus peores consecuencias, despojando a las comunidades indígenas, sin que para ello fuera impedimento la resistencia que en diversas regiones del país presentaron las víctimas. Las quejas llegaban a la Cámara de Diputados o a la Presidencia; la indiferencia era la respuesta en la mayoría de los casos, y en algunos, el castigo para los quejosos. Mientras tanto, la hacienda se ensanchaba. No es el caso señalar la extensión que algunas alcanzaron. Bástenos citar la ya clásica de Luis Terrazas, en Chihuahua, con 2.679,954 hectáreas, y otras que pasaban del millón.

Un complemento ineludible de la concentración de la propiedad territorial en pocas manos, fue que los sistemas de trabajo en las haciendas porfirianas, tanto en el peonaje como en la aparcería, siguieron los moldes feudales de la Colonia: salarios de hambre, servidumbre por deudas, tiendas de raya, castigos corporales, cuyas víctimas resultaron los indios y mestizos. Sugerimos la lectura de los apartados “El peón encadenado”, “Tlapisquera y garrote”, y “De la apar-

cería al tequio”, para quien quiera confirmar estos asertos. En la etapa final del Porfiriato surge el pensamiento avanzado de los hermanos Flores Magón y las calamidades ocurridas en Valle Nacional. A esto habría que agregar otro capítulo de pesadilla, “La sublevación servil”, en el que se advierte que ante la explotación sin límites, la inconformidad airada se manifestó a través de las rebeliones agrarias, principalmente indígenas: Sonora, Nayarit, Chiapas, Chihuahua, Yucatán. Por cierto que al tratar el caso de Chihuahua, nos sorprende que el autor no haga la menos referencia a *Tomochic*, el libro de Heriberto Frías que constituye uno de los documentos más vivos y palpitantes de las matanzas de indios en el Norte. En cambio, se hace amplia exposición de la rebelión de Tetabiate, en Sonora.

González Navarro, gran conocedor del movimiento católico mexicano, apunta la intervención de éste en favor de los peones y de los trabajadores en general; intervención que por cierto no alcanzó más éxito que la de publicistas, congresistas diversos y autoridades, inhibidas éstas por las ideas del liberalismo imperante. En el campo católico, se habla ampliamente de la actuación de los señores Gillow, José Mora del Río, Emeterio Valverde Téllez, Tomás Figueroa, Manuel Fulcheri y otros. Hay gran número de páginas dedicadas a la prensa y actividades católicas.

El arma más importante de obreros y empleados en su lucha por el mejoramiento, la huelga, fue más utilizada de lo que suele creerse. Debe recordarse particularmente la lucha de los obreros ferrocarrileros y la de ciertas mujeres (caso muy concreto, las cigarreras). El régimen, consecuente con los intereses a que servía, recurrió en la mayoría de los casos a la represión violenta. Esta parte de la obra nos muestra que Cananea, Río Blanco y Orizaba no fueron casos aislados, sino puntos culminantes de una protesta que se iba presentando en todo el país. Era la aparición de la “cuestión social”, cuyo planteamiento doctrinal en Europa hacía tener seguidores en nuestra patria. También se defendieron los obreros a través de asociaciones, en su mayoría mutualistas, cuya misma índole les impedía cumplir las tareas más importantes. Para

ello surgirían las cooperativas y los sindicatos; éstos denunciaban las graves diferencias en el trato concedido a nacionales y extranjeros. También en este terreno merece mención el pensamiento social católico, por una parte, y por la otra, los doctrinarios anarquistas y comunistas. Con buen sentido, el capítulo termina, "al toque del alba", con Francisco I. Madero en su campaña antirreeleccionista.

En la Tercera parte, "Moral social", se examina la conducta del mexicano de la época, tanto en sus relaciones matrimoniales como en la unión libre predominante, y se hace la distinción en cada clase social. Se analiza, creemos que con cierta superficialidad, la conducta religiosa en los distintos sectores. El capítulo que habla de la mezcla de creencias cristianas y paganas, estimamos que requería un análisis más penetrante. Por lo demás, dadas las actividades tan disímiles y la heterogeneidad de las clases sociales, es muy difícil opinar con acierto en este capítulo. La parte relativa a la "Justicia", a los castigos y a las formas sociales, nos parece estudiada de modo certero. Esperamos volver sobre esta cuestión en otra oportunidad.

Uno de los mejores aspectos de la obra es la Cuarta parte, dedicada a la Instrucción pública. Se señala desde luego, con el nombre de "Torre de Babel", la coexistencia de la lengua española y de gran variedad de idiomas y dialectos indígenas, como uno de los mayores obstáculos para generalizar la enseñanza. El simple conocimiento estadístico faltaba casi por completo, sobre todo en la primera etapa del régimen. Como siempre, no faltó quien atribuyera la culpa de todo a los indios, opinión de la cual disintió certeramente el educador colimense Gregorio Torres Quintero. A través de la prensa y de los congresos educativos, se planteó la solución de los problemas escolares. En ellos intervenían figuras de la categoría de Justo Sierra y de Ezequiel A. Chávez, Leopoldo Kiel y Ernesto Alconedo. Sierra llegó a afirmar que, antes de establecer el sufragio universal, se debía difundir la educación universal, ya que entre los pueblos, como entre los individuos, era superior el que sabía leer y escribir. Por otro lado, no faltaron autores que considerasen más importante dar de co-

mer al pueblo que instruirlo. También Ignacio M. Altamirano participó activamente en la discusión de los problemas fundamentales, sobre todo al discutirse las primeras leyes.

Un terreno muy debatido fue el de la enseñanza religiosa, pues mientras los católicos vieron el laicismo como un ataque a sus creencias, Justo Sierra lo consideraba una actitud neutral. En esta polémica terció con gran brillantez el obispo Eulogio Gillow. En la prensa los católicos lamentaban el reducido número de sus escuelas, atribuyéndolo unos a la desamortización y nacionalización de los bienes eclesiásticos, y otros a la mezquindad y egoísmo de los propios católicos. Haciendo cálculos, se veía que a las escuelas católicas asistía en 1886 un número de 140,000 alumnos, frente a 477,000 que concurrían a las no católicas, por lo que alguien calculó que en cuarenta años "los niños *ateos* ascenderían a 3,816,000", alarma que la historia no ha justificado.

Aunque de modo incompleto, se da idea de los esfuerzos provincianos en pro de la enseñanza, sobre todo primaria: importantes tareas en Jalisco, Nuevo León, Chihuahua, Tamaulipas, Colima, etc., frente a un gran atraso en Chiapas, Oaxaca y Guerrero. Más importante es el destacar que en el panorama educativo de la época hay una preferencia de la enseñanza preparatoria y profesional sobre la primaria, y en esta última, de la urbana sobre la rural. Edificios ruinosos, en su mayoría antihigiénicos, material de enseñanza "verdaderamente primitivo", maestros abandonados a la miseria, la rutina y la ignorancia, tal era la situación de las escuelas primarias, sobre todo las rurales, fenómeno que criticaron educadores como Torres Quintero, políticos como Madero, o polemistas como Francisco Bulnes.

Espacio nos falta para analizar las polémicas por los métodos, en que se perdían algunos importadores de ideas pedagógicas. Por cierto que uno de los críticos que más utilizaron la ironía para combatir los métodos gubernamentales (se entiende cuando era obra de diputados y no de ministros) fue Justo Sierra. Mariscal fue la víctima expiatoria. Por otro lado, se señalan los conflictos estudiantiles, la labor tan fecunda de Altamirano y las críticas de uno de los más distin-

guidos sociólogos de la época, el escritor José T. de Cuéllar, que en libros y periódicos dejó un análisis magistral de aquella sociedad. Guillermo Prieto, aunque es poco mencionado, también tuvo gran importancia. Bastaría recordar su "Galería de niños antipáticos". Ya en los últimos años surgen las críticas de los Flores Magón y el régimen corona su actividad con la fundación de la nueva Universidad, no sin que Sierra tuviera que luchar intensamente para lograr su objeto.

También se estudian las actividades educativas superiores en provincia, la enseñanza técnica y el aprendizaje de artes y oficios, capítulos éstos en que se apuntan las deficiencias existentes. En el apartado "Minerva seduce a Marte", se ve que el renglón destinado a la enseñanza en el presupuesto nacional va superando poco a poco al de guerra, tan importante en los regímenes anteriores y en los primeros años del Porfiriato. Hay una observación que no podemos pasar por alto: "revelador es el hecho de que en 1900 se gastaban \$ 7.06 en el país por habitante en la instrucción primaria, \$ 97.56 en la secundaria, y \$ 121.38 en la profesional; es decir, a pesar del moderado incremento destinado a la primaria y del descenso de la profesional, es claro que la educación estaba destinada a minorías". A la influencia de la prensa y de otros medios en la educación, se consagran muy importantes páginas.

Mucho habría que decir aún de la forma en que el cuarto tomo de la *Historia moderna* nos muestra cómo se divertían nuestros abuelos: en el teatro, en los toros (con las críticas que a esto se lanzaban), los paseos, los bailes, las actividades sociales de los extranjeros; o los circos, tapadas de gallos, etc. Sin embargo, ponemos aquí punto final a nuestra reseña para observar que el libro de González Navarro nos da un panorama verdaderamente objetivo de una época que sólo puede ser añorada por quienes la desconocen —y ahora ningún lector de esta obra estará en tal caso— o por quienes quisieran medrar como lo hicieron los privilegiados de entonces, que (hoy se puede afirmar con amplia documentación) resultaban una ínfima minoría en esas décadas, lejanas y cercanas a la vez en el tiempo y en lo institucional.

Una sola objeción sería. En muchos casos sucede lo que con los tres volúmenes ya publicados: se tiene la impresión de estar leyendo una historia de la ciudad de México y no de la República: cómo trabajaban, cómo se educaban, cómo morían o cómo se divertían las clases sociales de la metrópoli, y quizá de algunas ciudades principales. Muy poco del acontecer cotidiano, en la fragua rural, que fue donde al fin y al cabo se forjaron, hasta fecha muy reciente, los grandes capítulos de la historia nacional.

El manejo de fuentes y bibliografía es francamente atemorador, y sólo quienes conocen a Moisés González, todo laboriosidad, dedicación y talento, pueden comprender cómo en 812 páginas de texto le fue posible darnos una perspectiva tan certera y tan justa de las condiciones sociales en que se vivió durante los años de 1877 a 1910, el férreo período de Porfirio Díaz, quien sólo al final integró un equipo y un sistema para formar lo que hoy llamamos Porfiriato.